

Emociones y ética. Aportes al desarrollo de una ética integral*

Miguel Ángel Villamil Pineda**

Resumen

En la reflexión ética contemporánea acerca de la experiencia moral se percibe un interés renovado por las emociones y su influencia en el comportamiento humano. Este énfasis exige un examen crítico del enfoque ético intelectualista, desde el que se afirma que una persona es moralmente buena si conoce racionalmente los principios morales y actúa en coherencia con ellos. Exige también reconsiderar las teorías que definen las emociones como modos irracionales de comportamiento, que no aportan un suelo firme a la ética. Frente al modelo intelectualista surgen voces que afirman que la moralidad no radica tanto en la ausencia de principios ni en su conocimiento racional, sino en el cultivo de la *sensibilidad moral*; que las emocio-

- * Este texto se enmarca dentro del proyecto de investigación titulado "Presupuestos de una ética emocional", que desarrolla la Línea de Investigación de "Filosofía Contemporánea" y pertenece al Grupo de Investigación "Devenir" (reconocido por Colciencias en la Categoría A), de la Facultad de Filosofía, Universidad de San Buenaventura, sede Bogotá.
- ** Investigador principal, es Licenciado en Filosofía y Letras y Magíster en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás, y candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad Javeriana. Desempeña la función de director del programa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad de San Buenaventura, sede Bogotá. Libros publicados: *Fenomenología del cuerpo y su mirar* (Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2003); *Valores y derechos humanos: implicaciones jurídicas y pedagógicas* (Bogotá: Universidad de San Buenaventura, 2009); Editor y compilador en Daniel Herrera Restrepo, *Por los senderos del filosofar* (Bogotá: Universidad de San Buenaventura, 2009). Contacto: MVillamil@usbog.edu.co.

nes poseen una inteligencia *sui generis*, fundamental para afrontar el problema del sentido de la vida personal o comunitario. El nuevo escenario de discusión plantea dos retos, los cuales serán objeto de estudio en este artículo: primero, realizar una síntesis sobre el estado del arte de la reflexión ética acerca de las emociones; y, segundo, adelantar una reflexión sobre la experiencia emocional, que permita explicitar los aspectos constitutivos del fenómeno emocional, evidenciar el nexo entre emoción y moralidad, establecer un diálogo crítico con las teorías examinadas y señalar los presupuestos de una ética integral.

Palabras clave

Experiencia emocional, moralidad, ética, intencionalidad, inteligencia emocional.

Emotions and Ethics. Contributions to the development of an integral ethics

Abstract

In the contemporaneous ethical reflection about the moral experience, a renovated interest is perceived due to emotions and their influence in human behavior. This emphasis demands a critical examination involving, both, an intellectual and ethical focus from where it can be affirmed that if a person is morally good, he/she rationally knows the moral principles and acts accordingly. It also demands to reconsider the theories that define emotions as behavioral irrational ways that do not contribute to a strong basis for ethics. In contrast to the intellectual model, other voices have arisen to affirm that morality is not located so much in absence of principles or in their knowledge, but in caring for moral sensibility; emotions possess a "sui generis"

intelligence, which is vital in order to face issues arising from finding the meaning of life in a community, or personally. The new argument scenario offers two challenges, which will be discussed in this article: First, summarizing the state of the art dealing with ethical reflection regarding emotions. Second, carrying on a reflection about the emotional experience that allows to explain the constitutive aspects of the emotional phenomenon; witnessing the connections between emotion and morality; establishing a critical dialogue with evaluated theories, and pointing out the estimates of integral ethics.

Keywords

Emotional experience, morality, ethics, intentionality, emotional intelligence.

Introducción

*"El presentimiento es el indicador
de todos los descubrimientos"*

Husserl

En la reflexión ética contemporánea acerca de la experiencia moral se percibe un interés renovado por las emociones¹ y su influencia en el comportamiento humano. El énfasis en la experiencia emocional exige un examen crítico del enfoque ético intelectualista, desde el cual se afirma que una persona es moralmente buena si conoce racionalmente los principios morales y actúa en coherencia con ellos. Supone también reconsiderar las teorías que definen las emociones como modos de comportamiento irracionales, faltos de

.....

1 Vale la pena aclarar que el término "emoción" es reciente en la historia de la filosofía. Los conceptos más usados para referirse a la experiencia tematizada son: pasión, afecto, sentimiento y estado de ánimo. Aquí hemos preferido los conceptos "emoción" y "experiencia emocional" con el fin de darle unidad al tema tratado y confrontar críticamente los fenómenos que dan lugar a los conceptos señalados.

inteligencia, pasivos, ciegos, oscuros, difusos, ambiguos, subjetivos, instintivos; en suma, modos de comportamiento que no aportan un suelo firme a la ética.

Frente a este modelo surgen voces que afirman que la moralidad (experiencia moral) no radica en la ausencia de principios ni en su conocimiento racional, sino en el cultivo de la *sensibilidad moral*; que las emociones poseen una inteligencia *sui generis*, que es definitiva a la hora de afrontar el problema del sentido de la vida tanto personal como comunitario; que la ética trata, en primer lugar, de experiencias emocionales y luego se expresa en juicios, principios o leyes positivas. Berkowitz, desde una postura crítica frente al modelo intelectualista, afirma lo siguiente:

Confiar únicamente en los códigos de conducta aplicados por autoridad, sería educar a la persona de un modo incompleto. No deseamos una sociedad de individuos que sepan razonar bien, pero que no actúen consecuentemente. Necesitamos crear programas educativos morales para promover el desarrollo de personas morales completas, con carácter, razonamiento, valores, emociones y conductas.²

El nuevo escenario de discusión nos plantea dos retos: primero, realizar un estudio histórico-crítico, una síntesis sobre el estado del arte de la reflexión filosófica acerca de las emociones, que nos proporcione un marco de referencia en el que podamos ubicar las tendencias representativas y explicitar los presupuestos básicos de una ética que integre los componentes que configuran el fenómeno moral. Sabemos que la simplificación es el costo que hay que pagar al realizar una síntesis, no obstante consideramos necesario un trasfondo para destacar los aspectos que luego, a la hora de llevar a cabo la reflexión sobre el fenómeno moral, serán objeto de crítica. Sabemos que el riesgo de fracaso es el costo que debe pagarse para llegar a una síntesis, sin la cual tan sólo se tienen grandes cantidades de pedazos de cosas³.

2 M. Berkowitz, "Educar a la persona en su totalidad", en *Educación, valores y democracia* (Madrid: OEI, 1999), 168.

3 R. Llinás, *El cerebro y el mito del yo. El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos* (Bogotá: Norma, 2003), 7.

El segundo reto consiste en adelantar una reflexión fenomenológica sobre la experiencia emocional, esto con miras al logro de los siguientes objetivos: explicitar los aspectos constitutivos del fenómeno emocional y su nexos con la moralidad; establecer un diálogo crítico con las teorías reseñadas; y señalar los presupuestos implicados en el desarrollo de una propuesta de ética integral.

Dada la amplitud de la discusión, la investigación se enmarca en los estudios de carácter ético-filosófico. Sin embargo, no excluye aportes de otras disciplinas como la neurociencia, la psicología, la pedagogía, la teología, entre otras.

De acuerdo a lo anterior, el presente texto se propone allanar el siguiente recorrido: primero, enunciaremos problemáticas fundamentales para el desarrollo de una teoría ética de las emociones; segundo, revisaremos críticamente teorías paradigmáticas que tematizan el fenómeno emocional, esto con el fin de identificar sus énfasis, comprender sus conclusiones y agrupar sus principales tesis en tendencias típicas; finalmente, de manera esquemática, pondremos de manifiesto los aspectos constitutivos de una fenomenología que explicita la estructura de la experiencia emocional y el nexos de ésta con la moralidad.

1. Problemas fundamentales en el análisis de la experiencia emocional

Antes de analizar las distintas teorías que tematizan la experiencia emocional, consideramos conveniente llamar la atención sobre los problemas que más han inquietado a los investigadores.

Un primer grupo de problemas alude a la definición de las emociones y a la distinción entre las emociones y otros fenómenos: ¿cuáles son los componentes de la experiencia emocional?, ¿las emociones son producto de la personalidad o respuestas neurológicas al margen de los intereses personales?, ¿las emociones son innatas o adquiridas, genéticas o aprendidas culturalmente?, ¿en qué se diferencian

las emociones de las sensaciones o de las percepciones?, ¿qué diferencia hay entre emociones y trastornos fisiológicos de agitación o excitación?, ¿qué relaciones hay entre emociones y actividades cognitivas como la creencia, la evaluación o el juicio?, ¿qué nexos hay entre experiencia emocional y comportamiento?

Un segundo grupo de problemas hace referencia a la clasificación de las emociones. Las distintas agrupaciones dependen de los criterios y énfasis que establecen los investigadores para trazar las delimitaciones. La siguiente tabla permite visualizar algunas de las clasificaciones más representativas:

Criterio	Clasificación	
Universalidad	Básicas	Culturales
	Innatas	Aprendidas
Objeto	Intencionales	Estados de ánimo
Intensidad	Leves	Turbulentas
	Calmas	Violentas
Inteligencia	Racionales	Irracionales
	Evaluativas	Reacciones afectivas
Valencia moral	Buenas	Malas
	Positivas	Negativas
Duración	Inmediatas	Mediatas
Expresión	Subjetivas	Intersubjetivas
Lugar	Interiores	Exteriores
	Privadas	Públicas
Responsabilidad	Personales	Causales

Tomando como base estas clasificaciones, podríamos formular preguntas tales como: ¿sobre qué presupuestos teóricos y metodológicos se escogen los criterios y énfasis para establecer las distintas clasificaciones?, ¿se puede seguir hablando de la experiencia emocional como un fenómeno unitario después de clasificaciones tan diversas?, ¿en qué medida las clasificaciones se refieren al mismo fenómeno?

Un tercer grupo de problemas atañe a la relación de las emociones con otras experiencias humanas: ¿qué nexos hay entre emoción y conducta?, ¿qué relación se puede establecer entre emoción y responsabilidad?, ¿cómo se relaciona la experiencia emocional con las experiencias teóricas, morales, estéticas, religiosas, educativas, políticas, etc.?, ¿qué papel cumplen las emociones en la experiencia valorativa?, ¿qué nexos hay entre emociones, identidad personal o comunitaria y sentido de la vida?

Un cuarto grupo de problemas está relacionado con los enfoques disciplinares y metodológicos utilizados para analizar las emociones: ¿cuál disciplina es la encargada de realizar una teoría general de las emociones: la filosofía, la psicología, la neurociencia o la antropología?, ¿una teoría general de las emociones exige un tratamiento interdisciplinar o transdisciplinar de las emociones?, ¿entre las diversas metodologías (causal, experimental, intencional, reflexiva, especulativa, lingüística, etc.), cuál es apropiada para el conocimiento de las emociones?, ¿el conocimiento de las emociones supone el punto de vista imparcial del observador distante o debe hacerse desde la perspectiva de la primera persona?

Estos problemas han sido abordados de formas distintas por las diversas disciplinas. La filosofía y las ciencias humanas han prestado más atención al componente cognitivo de las emociones y privilegiado el uso de metodologías intencionales, reflexivas, especulativas y lingüísticas. De ahí que recurran a preguntas como las siguientes: ¿qué nexos hay entre creencias y emociones?, ¿las emociones están dotadas de inteligencia?, ¿se puede estructurar una lógica de las emociones, análoga a la lógica de la razón?, ¿qué papel cumple el lenguaje en la experiencia emocional?

Por otro lado, las ciencias positivas han enfatizado más en el componente fisiológico de las emociones y recurrido a metodologías causales, explicativas y experimentales. De ahí que acudan a preguntas como éstas: ¿qué nexos causales hay entre emociones y reacciones fisiológicas?, ¿cómo funciona el cerebro en las experiencias

emocionales?, ¿cómo incide la evolución genética en la constitución emocional del ser humano actual?

Pese a las diferencias conceptuales y metodológicas, actualmente existen experiencias investigativas que abordan el conocimiento de las emociones desde perspectivas interdisciplinarias. En este contexto podemos citar los aportes realizados por la neurofilosofía, la psiquiatría fenomenológica, la psicopedagogía, entre otros.

En el siguiente apartado veremos cómo, desde distintos enfoques teóricos, se afrontan los problemas reseñados anteriormente.

2. Modelos teóricos sobre la experiencia emocional

Independientemente de las valoraciones que haga la ética sobre la experiencia emocional, es evidente que ésta constituye una dimensión fundamental de la vida humana. De ahí que la ciencia y la filosofía recurrentemente renueven su interés por el tema de las emociones. Hacemos teorías porque necesitamos comprender el sentido de las emociones, tanto en la vida personal como en la interpersonal; también porque queremos entender el papel que cumplen las emociones en las motivaciones, acciones y hasta en la teorías mismas. Las teorías son importantes pues nos permiten conocer, explicitar y verbalizar las propiedades, relaciones y estructuras de las emociones, las cuales pueden pasar desapercibidas en la cotidianidad y, sin embargo, ser fundamentales para la orientación ética de la vida humana.

No obstante, el sentido de la experiencia emocional no surge a partir de la reflexión teórica. En la vida cotidiana, la mayoría de veces, conocemos las emociones propias o ajenas por medio del sentido común. Más aún, muchas teorías son reformulaciones sofisticadas de aquello que aprendemos en la "universidad de la vida". Lo que hace la teoría en este caso, es plantear patrones y regularidades a partir de experiencias particulares ejemplares y prototípicas. En el campo de

la ética, cuando de emociones se trata, puede ser más significativa la sabiduría popular que la más elaborada neurología.

Dada la importancia del sentido común y del sentido teórico en el estudio de las emociones, consideramos pertinente hacer recurso tanto de la sabiduría popular, como de la reflexión teórica en la descripción de los modelos que abordaremos más adelante. Consideramos que un diálogo crítico entre las teorías generales, las circunstancias culturales y las opciones personales es saludable y fructífero para la ética, puesto que inserta los postulados teóricos en los contextos culturales y, sobre todo, reconoce la responsabilidad de la persona frente a su propia experiencia emocional.

En coherencia con lo anterior, este apartado se traza el siguiente objetivo: presentar un esbozo de enfoques teóricos paradigmáticos que tematizan la experiencia emocional y se circunscriben en la problemática reseñada en el numeral uno. En la síntesis simplificaremos los diversos tipos de análisis según el siguiente criterio: el énfasis que haga la teoría en uno u otro componente de la experiencia emocional. A partir de este criterio, distinguimos los siguientes modelos teóricos sobre la emoción:

- Las emociones como sentimientos fisiológicos
- Las emociones como fuerzas mecánicas
- Las emociones como experiencias inefables
- Las emociones como sentimientos psicológicos
- Las emociones como evaluaciones valorativas

2.1 Las emociones como sentimientos fisiológicos

El sentido común nos dice que las emociones son algo que sentimos desde dentro y que se manifiestan corporalmente. La piel se nos eriza ante la persona amada, el cuerpo nos tiembla cuando sentimos temor, el rostro se ruboriza cuando sentimos vergüenza, los músculos se tensionan al sentirnos iracundos. Parece obvio que

las emociones son sucesos relacionados directamente con cambios fisiológicos o trastornos corporales.

La teoría del sentimiento fisiológico está de acuerdo con el sentido común en muchos aspectos, puesto que resalta el componente corporal y considera que las agitaciones o excitaciones físicas son definitivas a la hora de analizar las emociones. Desde este enfoque se concibe la emoción como un sentimiento, como un modo de sentir análogo al experimentado en las sensaciones; es decir, la emoción es vista como una sensación discernible que posee características espacio-temporales definidas: tiene una ubicación definida en el cuerpo y dura un periodo de tiempo determinado.

Dado el acento naturalista de esta concepción, los teóricos fisiológicos privilegian las explicaciones causales y recurren a las herramientas proporcionadas por la ciencia experimental. Su tarea consiste en describir las emociones como unidades simples, analizar sus propiedades, hallar sus causas, explicar sus efectos, diferenciarlas de otras unidades simples (deseos, conductas, cogniciones, etc.) y clarificar sus nexos con otras vivencias humanas. Los teóricos fisiológicos también recurren a explicaciones atomistas –las cuales parten de un número reducido de átomos emocionales (emociones básicas) y con base en ellos reconstruyen las moléculas emocionales (emociones complejas)– y a explicaciones mecanicistas –que conciben las emociones como piezas que hacen parte de un aparato funcional–.

La teoría de William James constituye una versión paradigmática entre las teorías fisiológicas de la emoción. James, teniendo en cuenta conocimientos básicos sobre el sistema nervioso humano, controvierte la tesis que concibe las emociones como estados mentales y en su lugar afirma que “los cambios corporales siguen directamente a la percepción del hecho existente, y que nuestro sentimiento de esos cambios a medida que ocurren es la emoción”⁴.

4 W. James, *¿Qué es una emoción?*, en: Ceshire Calhoun y Robert Solomon (compiladores) *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 143.

La descripción de James arroja las siguientes conclusiones: una emoción es la percepción de trastornos fisiológicos que ocurren cuando nos damos cuenta de sucesos y objetos de nuestro ambiente; toda emoción se estructura sobre cimientos fisiológicos; sentir una emoción equivale a la emoción misma; si le quitamos a la emoción los trastornos fisiológicos (piel erizada, cuerpo tembloroso, rostro ruborizado, músculos tensionados) no queda nada que pueda ser considerado como una emoción; la experiencia emocional es un tipo especial de percepción pasiva en la que se registran trastornos fisiológicos.

Al concebir la emoción como percepciones de trastornos fisiológicos, James invierte el orden causal de los sucesos. No nos excitamos fisiológicamente porque estamos emocionados, sino que nos emocionamos porque estamos excitados fisiológicamente:

El sentido común nos dice que, cuando perdemos nuestra fortuna, sentimos pesar y lloramos; cuando nos sale al paso un oso sentimos miedo y corremos; cuando un rival nos insulta, nos enojamos y lo golpeamos. La hipótesis que defiende aquí dice que este orden de secuencia es incorrecto, que un estado mental no es inducido inmediatamente por el otro, que las manifestaciones corporales se deben interponer primero, y que es más racional decir que sentimos pesar porque lloramos, sentimos cólera porque golpeamos, miedo porque temblamos, y no que lloramos, golpeamos o temblamos porque tenemos pesar, cólera o temor. Sin los estados corporales que siguen a la percepción, esta última sería puramente cognoscitiva en su forma, pálida, incolora y desprovista de calor emocional.⁵

Con el fin de probar la tesis fisiologista, James propone el siguiente ejercicio: "si imaginamos alguna emoción intensa y luego tratamos de quitar de nuestra conciencia todos los sentimientos de sus síntomas corporales característicos, encontramos que no nos queda nada que pueda ser considerado emoción... todo lo que queda es un estado frío y neutral de percepción intelectual"⁶.

5 *Ibid.*, 143.

6 *Ibid.*, 147.

Lo anterior muestra claramente cómo la teoría de James sobre las emociones, resalta el componente fisiológico e ignora por completo el componente cognitivo. Así, las emociones son concebidas sólo como estados fisiológicos y no como estados mentales ni como nada que se parezca a percepciones intelectuales. De este modo, James ubica los fenómenos emocionales en el campo de la naturaleza y los muestra como objetos dignos de ciencia experimental.

La teoría de James ha sido criticada desde diversos flancos. Se le critica que no muestra la diferencia que hay entre cambios corporales y la percepción de cambios corporales, entre los cuales hay una brecha enorme. Si la emoción implica la percepción de los cambios corporales, entonces ella no es sólo fisiológica, también es cognitiva puesto que orienta la atención hacia dichos cambios. No es lo mismo temblar de miedo que percibir que temblamos de miedo. Aquí la percepción supone un modo de conciencia que hace de la emoción algo diferente a las reacciones viscerales o a las respuestas instintivas.

Por otra parte, James no problematiza la relación que hay entre la percepción de objetos emocionantes y los trastornos fisiológicos ocasionados por ella. No siempre los mismos objetos emocionantes producen en nosotros los mismos trastornos fisiológicos y no siempre los mismos trastornos fisiológicos están relacionados con las mismas emociones. Hay personas que lloran de alegría y hay otras que lloran de tristeza. En ambos casos los trastornos fisiológicos son iguales, pero las emociones son distintas. Por otra parte, hay trastornos fisiológicos relacionados con la emoción que pueden manifestarse en otros fenómenos humanos distintos; por ejemplo, hay personas que tiemblan de temor y también de frío; no obstante, entre ambos fenómenos hay diferencias esenciales. No es una ley que a iguales trastornos fisiológicos corresponden siempre iguales emociones. En este contexto cabe señalar la diferencia que hay entre las emociones, que de suyo poseen objetos más o menos definidos, y los estados de ánimo, que se caracterizan por no poseer objeto. El mal genio que nos produce la irresponsabilidad de alguien que

no cumple una cita por quedarse en su casa viendo un partido de fútbol, no es equivalente a levantarnos de mal genio porque no dormimos bien. Cuando sentimos temor y no somos conscientes del objeto del peligro, los cambios fisiológicos –como temblor, sudor en las manos, náuseas, etc.– pueden interpretarse como síntomas de comportamientos patológicos.

Al definir las emociones como trastornos fisiológicos, James sólo toma en cuenta aquellas experiencias emocionales que suceden en momentos específicos y tienen duraciones determinadas, y deja de lado emociones extendidas en el tiempo en las que el componente fisiológico parece no ser necesario. Hay emociones duraderas como el amor o el resentimiento que no implican sentimientos corporales específicos.

La descripción de las emociones como sentimientos fisiológicos es lógica y plausible, ya que la mayoría de las emociones involucra sentimientos y cambios corporales. No obstante, la concepción de las emociones sólo como sentimientos y trastornos fisiológicos resulta inadecuada, pues despoja a la experiencia emocional de cualquier tipo de cognición y, de paso, confirma el prejuicio que asegura que las emociones son estúpidas, ciegas y contrarias a la razón.

Al negar cualquier papel protagónico de la conciencia en las emociones, el enfoque fisiológico reduccionista niega la intencionalidad presente en la experiencia emocional y así libera de toda responsabilidad al sujeto respecto a su vida emocional. Esto trae consecuencias desfavorables para la ética, pues si una persona no es responsable de ninguna de sus emociones, entonces éstas pueden ser vistas sólo como reacciones instintivas, viscerales e inconscientes que no aportan nada a la experiencia moral. En el plano de la biología las emociones pueden ser concebidas como reacciones fisiológicas o neurológicas, pero otra es su función en el ámbito de la ética, pues a los propósitos personales no se les puede describir de manera causal o mecánica.

2.2 Las emociones como fuerzas mecánicas

En el argot popular es común escuchar expresiones que relacionan las emociones con aparatos mecánicos donde la fuerza, la presión y el movimiento ejercen roles fundamentales, por ejemplo: "estoy que *estallo* de la ira", "Fulano está *inundado* de tristeza", "tuve que *contener* la dicha", "quedó *paralizado* del miedo", "actuó *movido* por los celos". Ante estas experiencias surgen preguntas como las siguientes: ¿por qué nos cuesta tanto controlar algunas emociones?, ¿por qué en la vivencia de algunas experiencias emocionales nos sentimos empujados a expresiones y conductas determinadas?, ¿qué hace que algunas emociones estén acompañadas de sensaciones de hundimiento o flotamiento?

Las teorías emocionales mecanicistas, al igual que las metáforas expuestas anteriormente, conciben las emociones como procesos que suceden mecánicamente. De ahí que describan la experiencia emocional mediante explicaciones causales y metodologías experimentales. Estas teorías descomponen la emoción en sus partes más simples (emociones básicas o átomos emocionales) y a partir de allí establecen los procesos y las relaciones implicados en las experiencias emocionales complejas. Las descripciones mecanicistas coinciden en muchos puntos con las teorías fisiológicas reseñadas anteriormente, pero se diferencian porque aluden a fluidos psíquicos y componentes cognitivos y no sólo a los trastornos fisiológicos.

Descartes proporciona una teoría paradigmática en el contexto de las investigaciones mecanicistas. En ella define las emociones como "percepciones, sensaciones o pasiones del alma que relacionamos con ella, y que son causadas, mantenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus animales"⁷.

La clave para entender su teoría radica en la distinción que establece entre dos tipos de sustancia: la mental (cosa pensante) y la

7 R. Descartes, *Las pasiones del alma* (Madrid: Tecnos, 2006), Art 27.

corpórea (cosa extensa). La mente es una substancia no extendida definida por sus propiedades de pensamiento y libre albedrío. El cuerpo, en cambio, es una sustancia extendida en el espacio que está sometida a las leyes mecánicas de la física.

En su obra *Las pasiones del alma*, Descartes establece una analogía entre las emociones y las sensaciones, resaltando la pasividad de ambos fenómenos y su subordinación a los procesos mentales agentes como el juzgar y el querer. Lo interesante de esta teoría es que clasifica a las emociones como fenómenos intermediarios entre el cuerpo y la mente, aunque las ubica más del lado del cuerpo; por eso, desde su punto de vista, las emociones están regidas más por las leyes mecánicas de la física, que por las ideas que provienen de la mente. Las emociones, al igual que las sensaciones, no son ideas claras y distintas, sino productos imperfectos del alma que no son dignos de confianza.

La comunicación de las dos sustancias es posible gracias al aparato circulatorio de la sangre. Por medio de éste transitan los *espíritus animales*, los cuales son los responsables de informar a la mente sobre el mundo e informar al cuerpo sobre las decisiones de la mente: "El alma tiene su sede principal en la pequeña glándula que existe en medio del cerebro, desde donde se proyecta a todo el resto del cuerpo por medio de los espíritus animales, los nervios e incluso la sangre, que, participando en las impresiones de los espíritus, puede llevarlos por las arterias a todos los miembros"⁸.

El análisis que hace Descartes sobre el temor ilustra de manera precisa su perspectiva mecanicista: una bestia infunde temor; por vía de los ojos y los nervios se proyecta una imagen de la bestia; los espíritus animales viajan por la sangre y disponen el cuerpo para la fuga; así se da el enrarecimiento de la sangre y el fortalecimiento del temor⁹. En este caso particular todo el proceso discurre sin in-

8 *Ibid.*, Art 34.

9 *Ibid.*, Art 36.

tervención de la mente; los trastornos fisiológicos pueden causar la fuga sin que intermedie la conciencia ni la voluntad.

En lo que atañe a la ética, Descartes considera que las emociones son buenas en la medida en que contribuyan a preservar pensamientos útiles para la sobrevivencia, pues "fortifican y perpetúan pensamientos en el alma que es bueno preservar, y que sin ellas se borrarían fácilmente"¹⁰; son malas en tanto conserven pensamientos errados o fortifiquen pensamientos que no deben ser albergados en el alma.

En síntesis, la explicación causal de Descartes concibe las emociones como unidades simples ensambladas con otras unidades que conforman el aparato total. La percepción proporciona el estímulo que activa el fluido psíquico que viaja por la sangre y el deseo activa el mecanismo de respuesta que conlleva finalmente a conductas que se manifiestan en el mundo de la extensión. La metáfora de los espíritus animales resulta apropiada para expresar la concepción de las emociones como procesos que implican componentes biológicos y cognitivos. De esta forma la idea de que las emociones son sentimientos fisiológicos es complementada con la idea de un fluido psíquico que llena la mente.

Freud, aunque no elaboró una descripción específica sobre las emociones, proporciona una teoría psicológica mecanicista que va a marcar profundamente las investigaciones posteriores. Según este autor, la conciencia humana adopta la misma forma y estructura de un aparato hidráulico. De la misma manera como este funciona activado por la presión que ejerce un fluido interno, el aparato psíquico funciona impulsado por la energía psíquica o energía sexual (libido). El aparato psíquico está compuesto por tres grandes exclusas que permanecen en constante tensión: la conciencia (ego), que es la encargada de comprender racionalmente los asuntos del mundo; la preconciencia (súper-ego), que es la responsable de interiorizar y

10 *Ibid.*, Art 74.

aplicar las reglas y restricciones morales; y la inconciencia (id), que es el centro de la vida instintiva o pulsional. Las pulsiones (deseos) son las encargadas de poner en movimiento la energía psíquica a través de las tres grandes exclusas. Del buen o mal funcionamiento del aparato psíquico depende el desenvolvimiento del individuo en el mundo.

Desde la perspectiva de Freud, las emociones son concebidas como instintos enlazados a ideas inconscientes: "si el instinto no se enlazara a una idea ni se manifestase como un estado afectivo, nada podríamos saber de él"¹¹. Las emociones son mecanismos psíquicos que ejercen presión sobre la conciencia; su dinamismo da lugar a los diversos fenómenos psíquicos: carga de ciertas ideas o pulsiones (cathesis); impulso de liberar o descargar ideas o pulsiones (catarsis); necesidad de contener y redirigir impulsos peligrosos (sublimación); toma de medidas drásticas contra impulsos (represión); averías en el aparato psíquico (neurosis). La reparación del aparato psíquico se lleva a cabo por medio de ejercicios terapéuticos de psicoanálisis, los cuales intentan traer a la conciencia las fuerzas dañinas reprimidas en la inconciencia, y de este modo recomponer el curso normal del fluido psíquico. De esta forma Freud explica el dinamismo entre la corriente subterránea del inconsciente y el flujo superficial de la conciencia.

El modelo mecanicista es retomado actualmente por teorías que explican las emociones recurriendo a aparatos electrónicos y computacionales. En ellas, el aparato psíquico es visto como un computador compuesto por dispositivos de *hardward* y *softward*, y las emociones son concebidas como programas semánticos que se circunscriben en los límites de la sintaxis neuronal¹².

Hay que resaltar que las concepciones mecanicistas explican las experiencias emocionales como procesos distendidos en el tiem-

11 S. Freud, *Lo inconsciente*, en: Ceshire Calhoun y Robert Solomon (compiladores), *op. cit.*, 207.

12 R. Penrose, *La nueva mente del emperador* (Barcelona: Grijabo, 1999), 49-55.

po que abarcan componentes fisiológicos y cognitivos: estímulos, percepciones, deseos, ideas y conductas. No obstante, los procesos emocionales pueden ser descritos no sólo por medio de explicaciones causales, sino también a través de narraciones que muestren las relaciones intencionales que los seres humanos establecemos con el mundo.

El énfasis en la causalidad hace que las teorías mecanicistas describan las emociones como fenómenos pasivos que nos ocurren y de los cuales no somos agentes responsables, sino simplemente víctimas. Al separar las emociones de la conciencia intencional, eluden el concepto de responsabilidad sobre nuestra vida emocional. Por eso, las emociones son vistas como ideas engañosas que deben ser corregidas y controladas por el pensamiento mediato y la voluntad, y no como formas inteligentes que pueden ser cultivadas, educadas y promovidas.

Por otra parte, estos modelos no tienen en cuenta que la mente humana no es un mecanismo, sino un organismo intencional y flexible que se configura a partir de formas heredadas genéticamente y de situaciones personales y culturales. En consecuencia, las emociones también deben ser descritas como formas evolucionadas y aprendidas mediante las cuales nos insertamos en el mundo.

El modelo mecanicista explica la urgencia de algunas emociones y el hecho de que parezcan imponérsenos más que emanar de nosotros. Sin embargo, las *presiones* que ejercen algunas emociones pueden ser vistas desde una perspectiva fenomenológica como estrategias y no sólo como ocurrencias. No es lo mismo una persona que *estalla* de la ira, que un aparato que estalla de presión. La persona no es completamente víctima de su enojo, ella puede decidir qué hacer con su emoción, puede decidir entre varias posibilidades: eludir, aguantar, negar, ignorar, fomentar, redireccionar, etc. La ira puede ser una estrategia para intimidar a otros y cultivada como un patrón de conducta. Ciertas personas cultivan la tristeza como estrategia para despertar compasión. A veces no somos conscientes

de la elección de las estrategias, el paradigma de la emoción no es la acción intencional consciente y deliberada, pero esto no significa que seamos víctimas pasivas de nuestras emociones.

La diferencia entre mecanismo causal y proceso intencional es fundamental en el plano de la ética, pues en la medida en que nos hacemos responsables de nuestras emociones nos asumimos como agentes de nuestra historia y dejamos de considerarnos pacientes de fuerzas desconocidas e incontrolables.

2.3 Las emociones como experiencias inefables

Un problema que surge al analizar las emociones alude al lugar en el que se manifiestan. Comúnmente escuchamos decir que las emociones están en nuestro interior, que son sentimientos privados, que hacen parte de nuestra fisiología (trastornos corporales) y psicología interior (sensaciones, creencias y deseos). No obstante, en la cotidianidad percibimos emociones en los otros y los otros perciben nuestras emociones: identificamos emociones en los demás observando lo que hacen y sabemos de nuestras emociones a partir de las observaciones de los demás. Esto sugiere que la experiencia emocional supone una relación con las conductas propias y ajenas. En este contexto cabe preguntar: ¿lo que observamos en los demás son emociones o expresiones conductuales de ellas?, ¿qué nexos y diferencias hay entre emociones y conductas?, ¿se puede realizar una teoría que dé cuenta de las conductas emocionales sin que recurra a la vivencia subjetiva de ellas?

Para el modelo teórico que postula la inefabilidad de las emociones es imposible hablar sobre ellas, pues la ciencia no puede decir nada sobre entidades metafísicas como el yo, la conciencia y las emociones. Si afirmamos que las emociones son experiencias privadas e internas, llegamos a la conclusión paradójica que nunca podemos evaluar ni conocer las emociones de los otros ni tampoco los otros pueden evaluar o conocer nuestras emociones.

Ante esta paradoja, el conductismo, por ejemplo, considera que la psicología debe limitarse a la observación experimental de la conducta; esto con el fin de descubrir y explicar sus causas. De ahí que los representantes de este enfoque dirijan su atención sólo a los comportamientos públicos, a los hechos observables, pues no se puede hacer ciencia sobre fenómenos privados que son accesibles sólo al sujeto en cuestión. Desde esta perspectiva, la conducta emocional es vista como un fenómeno global que integra los siguientes componentes: acciones físicas y verbales de tipo deliberado o voluntario; conductas innatas o instintivas; pensamientos expresados; y trastornos fisiológicos.

Entre las teorías conductuales paradigmáticas se encuentra la realizada por Charles Darwin. Este autor explica el origen y preservación de la conducta emocional en los animales humanos a partir del criterio de utilidad: la especie humana tiene emociones porque son útiles para su supervivencia.

Darwin formula tres principios para explicar el origen de las conductas emocionales: 1. Principio de los hábitos útiles asociados: algunas conductas emocionales se originan en intentos deliberados por aliviar sensaciones o satisfacer deseos; las conductas útiles se pueden convertir en hábitos y estos se heredan de forma innata; 2. Principio de la antítesis: las conductas emocionales que aparentemente no sirven para ningún propósito surgen como antítesis de las conductas útiles relacionadas con emociones opuestas; 3. Principio de la acción directa del sistema nervioso excitado sobre el cuerpo: hay conductas emocionales que se originan como modos de preparación para la acción¹³.

Darwin, el conductismo en general, no tematiza la emoción como tal, aunque en sus explicaciones la suponen como causa de la conducta emocional. En lo que se refiere a la propia emoción,

13 C. Darwin, *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (Madrid: Alianza, 1984), 60.

Darwin estaba de acuerdo con las teorías fisiológicas que definen las emociones como experiencias internas y privadas que se muestran en conductas externas.

Lo anterior se hace evidente en la teoría de John Dewey, quien, desde una perspectiva pragmatista, desarrolla la idea darwiniana que afirma que las conductas emocionales surgen como respuestas útiles. Sin embargo, esta teoría no acentúa los rasgos hereditarios, sino los situacionales y teleológicos. Las emociones son modos de conducta que responden a situaciones específicas: "la emoción en su totalidad es una forma de conducta que tiene un propósito, o tiene un contenido intelectual, y que también se refleja en el sentimiento o afecto, como la valoración subjetiva de aquello que está expresado objetivamente en la idea o propósito"¹⁴. De acuerdo a esto, Dewey afirma que las emociones constan de tres componentes: 1. Componente intelectual o idea del objeto de la emoción; 2. Componente sensorial o sentimiento (*quale*); 3. Disposición o forma de comportamiento. De estos tres, el más importante es el tercero, pues los otros dos son productos de él¹⁵.

Ryle radicaliza aún más la postura conductista al rechazar la existencia de fenómenos subjetivos o privados que antecedan o causen las conductas emocionales. Para este autor, la emoción no es un fenómeno interno, sino un modo de conducta: la conducta y la disposición a comportarse constituyen la propia emoción¹⁶. Desde este enfoque, la experiencia emocional deja de ser vista como algo inefable y comienza a ser tratada como un mito.

La versión filosófica del conductismo fue desarrollada por el positivismo lógico. De la mano de este movimiento surgió la corriente ética denominada *emotivismo*, la cual concibe los enunciados éticos como expresiones emocionales sin valor cognitivo. Desde esta perspectiva, decir "esto es bueno" equivale a decir "yo apruebo esto y

14 J. Dewey, *Teoría de la emoción*, en: Ceshire Calhoun y Robert Solomon (compiladores), *op. cit.*, 179.

15 *Ibid.*, 180-181.

16 G. Ryle, *El concepto de la mente*, en: Ceshire Calhoun y Robert Solomon (compiladores), *op. cit.*, 271.

me gustaría que tú también lo hicieras". Ayer afirma que designar algo como bueno o malo equivale a exclamar *ihurra! o iuh!*¹⁷. Los emotivistas consideran que las emociones no dicen nada acerca del mundo, sino algo acerca del sujeto y, por consiguiente, no pueden ser objeto de teoría pues la ciencia no versa sobre subjetividades, sino sobre objetividades. El emotivismo devaluó las emociones y de paso la ética, pues la vio a ésta sólo como una pseudo-disciplina filosófica.

Las teorías que afirman la inefabilidad de las emociones acuden también al problema del lenguaje y la referencia emocional. Este problema resulta complejo cuando las emociones son concebidas como entidades mentales intangibles, pues su referencia no es ubicable dentro del mundo material. Resulta también complejo a la hora de traducir las emociones de una lengua a otra o de una cultura a otra, pues supone la existencia de un referente común que garantice el diálogo a pesar de las diferencias. ¿Qué garantiza que el amor que describe Platón coincida con el amor que describen los teóricos contemporáneos?

Ante las teorías que sostienen la inefabilidad de las emociones se alzan voces críticas. Sartre afirma que la teoría psicológica positivista, que describe conductas emocionales sin detenerse en las emociones en sí mismas, es ingenua, pues parte de un supuesto sin criticarlo y luego postula sus hipótesis como criterios de verdad y objetividad¹⁸. Solomon considera que la negativa a describir o tematizar teóricamente las emociones encubre pereza mental e incapacidad comprensiva frente al fenómeno psicológico y su verbalización¹⁹. Vallverdú argumenta que los humanos somos más racionales gracias al lenguaje, pero más humanos gracias a las emociones. Por eso debemos utilizar el lenguaje para comprender mejor las emociones. Así

17 A. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica* (Barcelona: Orbis, 1982), 88.

18 J. Sartre, *Bosquejo de una teoría de las emociones* (Madrid: Alianza, 2005), 22.

19 R. Solomon, *Ética emocional. Una teoría de los sentimientos* (Barcelona: Paidós, 2007), 185.

tendremos la esperanza de orientar la racionalidad hacia la obtención de una mejor humanidad²⁰.

Por nuestra parte, consideramos que una descripción fenomenológica de las emociones y de sus nexos con la conducta es necesaria para la ética, ya que el lenguaje que usamos para referirnos a las emociones es parcialmente responsable de modelarlas. El conocimiento y la verbalización de las experiencias emocionales desempeñan papeles fundamentales, a la hora de comprender el lugar de ellas en nuestra vida moral y de desarrollar ejercicios educativos que nos permitan intensificar, corregir, controlar o redirigir nuestras propias emociones. Las experiencias emocionales se pueden educar y sofisticar, pero esto supone verbalización y reflexión.

2.4. Las emociones como sentimientos psicológicos

Comúnmente nos encontramos con experiencias que hacen referencia a emociones que comportan sentimientos que no son localizables en las coordenadas espacio-temporales de la corporeidad humana. Las personas intentan verbalizar dichas emociones recurriendo a expresiones como las siguientes: dolores o placeres del alma, sentimientos profundos, pasiones internas, afectos espirituales, entre otras. Llama la atención que estas expresiones relacionen algo corporal (dolor) con algo intangible (alma). ¿Podríamos pensar que hay sentimientos psicológicos análogos a los sentimientos fisiológicos?, ¿hay emociones que residen en el alma (mente)?

Las teorías del sentimiento psicológico tematizan experiencias emocionales que desbordan el esquema trazado por las teorías fisiológicas y afirman que el sentimiento corporal no captura todo el carácter de las emociones. De ahí que para ellos sea necesaria una teoría que describa las emociones como sentimientos psicológicos, estados psíquicos o ideas que están en el alma (mente).

20 J. Vallverdú, *Una ética de las emociones* (Barcelona: Anthropos, 2007), 14.

La descripción de las emociones que hace Hume es paradigmática en el ámbito de las teorías psicológicas del sentimiento. Según este autor, el carácter distintivo de la emoción no radica en el acompañante fisiológico, sino en la idea que entraña toda experiencia emocional. Las emociones difieren de los dolores y placeres físicos porque no necesitan ir acompañadas de sensaciones físicas definidas y localizables. Las emociones se sienten de un modo *sui generis*, son sensaciones aunque no sean sentidas físicamente. Para justificar esto, Hume elabora un complejo dispositivo causal de ideas: ideas que causan las impresiones agradables o desagradables, e ideas causadas por impresiones agradables o desagradables²¹.

El psicologismo de Hume propone una especie de fantasma encerrado en una máquina. Este enfoque supone el dualismo cartesiano y da lugar a la distinción entre el mundo interno y el externo. En este esquema, las emociones figuran entre los contenidos de la mente, no obstante involucran al cuerpo. Hume retoma la metáfora de Descartes que indica que los espíritus animales que se originan en el cuerpo dejan su impresión en la mente.

La descripción de la emoción, como sentimiento psicológico o mental, permite a Hume plantear el problema de la intensidad de las emociones y distinguir entre emociones leves y violentas. Las emociones calmadas sólo se sienten mentalmente, las violentas abarcan trastornos fisiológicos²².

Si las emociones son contenidos del alma, ¿cómo tenemos acceso a ellas? Los teóricos psicólogos afirman que la manera idónea para acceder a los contenidos anímicos es por medio de la introspección. El problema es que no siempre somos los que estamos en mejor posición para reconocer nuestras propias emociones. A veces son los otros los que nos informan sobre lo que sentimos y cómo nos comportamos. Este enfoque trae obstáculos insalvables para la teoría psicologista

21 D. Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, en: Ceshire Calhoun y Robert Solomon (compiladores), *op. cit.*, 109-110.

22 *Ibid.*

que intenta explicar la ética a partir de los sentimientos morales, pues no logra justificar la comunicación entre el mundo interno y privado (lugar de las emociones) y el mundo externo y social (lugar de las experiencias morales). Por la vía del dualismo y del psicologismo, las emociones quedan reducidas a fenómenos inefables e inmunes al escrutinio público y la investigación científica, y la ética queda reducida al ámbito relativo de lo privado y subjetivo. Lo que se ignora en estas perspectivas, una vez más, es la intencionalidad de las emociones, aquello a lo que se refiere una emoción. Esto requiere una descripción de la experiencia emocional que trascienda el enfoque causal y ubique las emociones no en el alma humana, sino en la relación del hombre con el mundo y con los demás. La intencionalidad es la clave para entender la inteligencia emocional y el papel de ésta en la experiencia moral.

2.5. Las emociones como evaluaciones valorativas

Las relaciones cotidianas con las personas amadas, los sucesos significativos y las cosas apreciadas indican orientaciones y valoraciones emocionales. De igual manera ocurre con personas molestas que rechazamos, sucesos que catalogamos como bochornosos y cosas frente a las cuales permanecemos indiferentes porque no cautivan nuestro interés. De acuerdo con esto, el mundo de la vida se muestra como un campo de objetos cargados de sentidos emotivos, que abordamos desde actitudes emocionales. Cuando vemos una persona molesta y la evitamos cambiando de camino, actualizamos la creencia valorativa que teníamos sobre ella (persona molesta), evaluamos la situación (prefiero encontrarme con personas no molestas) y actuamos en concordancia con la creencia y la evaluación (cambio de camino). A partir de este ejemplo simple, podemos formularnos la siguiente pregunta: ¿qué nexos hay entre experiencias emocionales, creencias y evaluaciones valorativas?

Las teorías evaluativas hacen énfasis en el componente cognitivo de la experiencia emocional²³. Afirman que las emociones son modos de creencia que el sujeto tiene sobre sí mismo, los demás y las cosas, a partir de los cuales configura el mundo y le da sentido a su existencia. Desde este enfoque, la emoción es vista como un modo de conocimiento análogo al conocimiento racional. Siguiendo esta línea, Pascal afirma que "el corazón tiene razones que el entendimiento no comprende"²⁴; Scheler, por su parte, habla de un "orden del amor", una "lógica del corazón" y una "gramática de los sentimientos"²⁵.

Dado el acento reflexivo de esta concepción, los teóricos evaluativos privilegian enfoques fenomenológicos, hermenéuticos y narrativos. Su atención no está dirigida, en primera instancia, a la materialidad de las emociones (naturaleza humana), sino al sentido de éstas en el mundo personal y comunitario (condición humana). De ahí que reemplacen las explicaciones causales por explicaciones intencionales y motivacionales, y que se preocupen más por la ética que por la biología. Según ellos, que la ética tenga que ver con emociones no resta importancia a la ética, sino que resalta la relevancia de las emociones.

Algunos filósofos griegos formularon teorías cognitivas sobre las experiencias emocionales. Platón, a pesar de sus recelos, aprueba algunas emociones. Considera que el *eros*, por ejemplo, es esencial para acceder a las más altas aspiraciones humanas. En la teoría platónica el amor se constituye en el intermediario que motiva el movimiento que va desde la ignorancia hasta la sabiduría, desde conocimiento sensitivo (corporal) hasta el conocimiento dialéctico, desde el cuerpo hasta la idea (Banquete, 203e y ss.). La verdad, según Platón, sólo se alcanza si se le busca apasionadamente²⁶. Esta perspectiva resulta

23 Hay que aclarar que el componente cognitivo (cognición) al que hacen referencia estas teorías no significa acto de conocer, más bien significa creencia o modo de interpretación de una cosa o una situación.

24 B. Pascal, *Pensamientos* (Barcelona: Orbis, 1977), 277.

25 Cf. M. Scheler, *Gramática de los sentimientos* (Barcelona: Crítica, 2003).

26 D. Herrera, *op. cit.*, 37.

interesante, pues muestra la emoción como un tipo de experiencia que implica rasgos corporales y rasgos inteligentes.

Aristóteles y los estoicos produjeron descripciones más detalladas acerca de la experiencia emocional. Estos análisis mostraron las emociones como fenómenos mentales que servían de base al conocimiento moral.

Aristóteles, a quien se debe la acuñación del término *pasión*, define la emoción como "aquello que hace que la condición de un individuo se transforme a tal grado que su juicio quede afectado, y algo que va acompañado de placer y dolor" (Retórica, 1378^a, 20). Desde su perspectiva, la emoción es vista como una forma de vida más o menos inteligente que incide sobre la racionalidad abstracta y está dominada por los deseos. Respecto a la relación de las emociones con la moral, Aristóteles, tomando como ejemplo la cólera, dice que la virtud supone un manejo apropiado de las emociones. Por consiguiente, quien se enoja apropiadamente es virtuoso y quien no se enoja cuando tiene que hacerlo es idiota.

El que se deja llevar de la cólera en ocasiones dadas contra los que lo merezcan, haciéndolo además de la manera, en el momento, y durante todo el tiempo que convenga, debe merecer nuestra aprobación... Pero el defecto en este género, ya se le llame impotencia para encolerizarse, ya se le califique con cualquier otro nombre, siempre es digno de censura. Estúpido es necesario llamar a los que no se encolerizan en presencia de cosas que deben producir una verdadera cólera; así como lo son los que se encolerizan de una manera, en un tiempo, y por cosas que no lo merecen... Es una cobardía, digna sólo de un esclavo, sufrir un insulto y dejar que impunemente se ataque a las personas de su cariño. El exceso en este género puede revestir igualmente todos estos matices. Puede uno irritarse contra personas que no lo merecen, o por motivos que no valen la pena, o más vivamente de lo que sea menester, o más pronto o más tarde de lo que conviene... Por lo menos es perfectamente claro que merece estima el justo medio, que hace que nos irrite contra quien debemos irritarnos, por una causa que sea justa y en una forma conveniente... Es, pues, evidente que a la disposición media es a la que debemos aspirar con preferencia. (Ética a Nicómaco, 1125b, 26 – 1126b, 9).

Los estoicos retoman muchos de los postulados de Aristóteles, pero se distancian de él en la valoración que le da a las emociones.

Reconocen el aspecto cognitivo de éstas, pero niegan su papel positivo tanto en la vida teórica como en la vida práctica. Desde este enfoque, la experiencia emocional es concebida como un modo imperfecto de conocimiento: las emociones (pasiones) son opiniones o juicios dictados por ligereza y, por ello mismo, fenómenos de necesidad y de ignorancia consistentes en juzgar como saber lo que no se sabe (Cicerón, *Tusculanas*, IV, 26). Las emociones son enfermedades que afectan a los necios. Por eso los que buscan la sabiduría deben educarse en la indiferencia o *apatía*, que consiste en no tomar en cuenta el contenido cognitivo de las emociones. Para lograr esto, Marco Aurelio aconseja lo siguiente: "si tú separas de tu guía interior todo lo que depende de la pasión, lo futuro y lo pasado, y te haces a ti mismo, como Empédocles 'una esfera redonda, ufana de su estable redondez', y te ocupas en vivir exclusivamente lo que vives, a saber, el presente, podrás al menos vivir el resto de tu vida hasta la muerte, sin turbación, benévolo y propicio con tu divinidad interior" (Marco Aurelio, *Meditaciones*, XII, 3).

Entre los autores modernos que conciben las emociones como cogniciones cabe destacar a Pascal. Desde un trasfondo más teológico que filosófico, este autor señala, por un lado, los límites de la razón filosófica y científica de la época, que se caracteriza por ser argumentativa y calculadora, y por otro lado destaca la inteligencia de las emociones al considerarlas como modos de acceso a ciertas verdades que no pueden ser descubiertas por medio de razonamientos lógico-formales. Frente a la razón mediata y especulativa de la cabeza, Pascal antepone la razón inmediata e intuitiva del corazón, y afirma que a los primeros principios no se accede por medio de los razonamientos, sino a partir de creencias emocionales²⁷.

A esta posición Pascal enlaza una distinción conceptual entre el *esprit de finesse* (espíritu de finura) y el *esprit de geometrie* (espíritu de geometría). El espíritu de finura está relacionado con la visión holística y la infinitud. El espíritu de geometría, en cambio, hace re-

27 B. Pascal, *op. cit.*, 277.

ferencia a lo finito, al análisis, a la visión inductiva y progresiva. Las dos actitudes son productivas y complementarias siempre y cuando se desarrollen en los contextos apropiados, si no es así resultan conflictivas y estériles. La razón no puede pedir explicaciones al corazón y el corazón no puede pedir intuiciones a la razón. No obstante, la razón necesita intuiciones y el corazón necesita razonamientos²⁸.

Siguiendo la senda abierta por Pascal, encontramos teorías cognitivas de la emoción como la de Brentano²⁹. Para este autor hay emociones ciegas e irracionales, pero también hay emociones videntes e inteligentes que tienen como función realizar cogniciones de valor.

Brentano hace una distinción entre los fenómenos mentales y los fenómenos físicos. Los fenómenos mentales se caracterizan por ser intencionales, es decir, porque tienen un objeto hacia el cual están dirigidos. Los fenómenos físicos carecen de la cualidad referencial. Entre los fenómenos mentales se encuentran los pensamientos y las emociones. Este enfoque le permite a Brentano establecer una analogía entre el juicio (razonamiento lógico) y la emoción: en los juicios o se afirma o se niega, en las emociones o se ama o se odia.

De acuerdo a este paralelismo, Brentano caracteriza las emociones como percepciones intencionales sobre las cuales formulamos nuestros juicios de valor. La diferencia entre opiniones verdaderas y falsas, trazada en el campo de la lógica formal, equivale a la diferencia que establece la moral entre emociones correctas e incorrectas. Así como hay opiniones falsas, también hay emociones incorrectas, pero ninguno de los dos casos son obstáculos para el desarrollo de conocimientos objetivos en sus respectivas esferas. Por consiguiente, de la misma forma que hay un conocimiento lógico objetivo, también hay un conocimiento emocional objetivo, que se perfila como el

28 *Ibid.*, 21.

29 Los aportes de Brentano van a ser retomados y enriquecidos por la corriente fenomenológica. Algunos representantes de estas corrientes elaboran teorías que bien pueden ser consideradas cognitivas y evaluativas. No describimos en este lugar tales teorías porque ellas serán objeto de estudio en el siguiente apartado.

criterio evaluativo que permite corregir las acciones, pues los tipos de emociones nos proporcionan ideas sobre los valores, en especial sobre los valores morales. De esta manera Brentano cree afirmar la racionalidad de las emociones y establecer un fundamento objetivo para el conocimiento moral, en el cual se apuntala para confrontar las éticas relativistas que postulan que *entre gustos no hay disgustos*³⁰.

Más allá de las diferencias conceptuales, las teorías evaluativas coinciden en la concepción de las emociones como modos de racionalidad más o menos apropiada. Al destacar el componente cognitivo de las emociones, definen lo emocional como un tipo de conocimiento cuyo correlato no es el mundo de las verdades, sino el mundo de los valores, de las motivaciones y de los intereses. Por eso en vez de suponer que las emociones oscurecen o distorsionan nuestra visión del mundo, muestran su función cognitiva en asuntos que resultan definitivos para comprender el sentido de la vida humana, como la moral, por ejemplo.

Sin embargo, las teorías evaluativas se enfrentan a un obstáculo: justificar porqué las emociones frecuentemente no concuerdan con el valor real de las cosas. A veces nos enamoramos de quien no debemos o sentimos antipatía por personas virtuosas. Para sortear el obstáculo, las teorías dividen la esfera emocional en emociones evaluativas y ciegas, pero este recurso pone en entredicho tanto la teoría, en tanto generalización de una unidad de sentido, como la identidad propia de las emociones, pues se puede considerar lo cognitivo como algo distinto de lo emocional.

Por nuestra parte, y dado nuestro interés reflexivo, ético y pedagógico, compartimos la posición de Hessen, quien afirma lo siguiente:

Nuestra postura no excluye la participación sentimental. Por el contrario, la emoción profunda y el firme propósito de conocer pueden y deben correr parejos. En nuestra investigación axiológica también debemos sentirnos poseídos por un entusiasmo condicionado por valores... y hasta debemos considerar la posibilidad de que esta profunda emoción

30 F. Brentano, *El origen del conocimiento moral* (Madrid: Tecnos, 2002), 21.

nos permita ver en los valores algo que de otro modo no descubriríamos. Además del amor que ciega, porque significa que nos inundan los sentimientos, hay un amor que nos hace videntes.³¹

Como vimos anteriormente, parece obvia la participación de reacciones y sensaciones fisiológicas en la experiencia emocional. No obstante, las emociones pueden ser inteligentes y en ocasiones pueden ser más apropiadas y perspicaces que las frías deliberaciones reflexivas. En el momento de la experiencia espontánea, la inteligencia de las emociones no es tan obvia como su reacción fisiológica, pero esto no implica restarle importancia a su papel en la vida emocional. Un análisis adecuado de la experiencia emocional supone, en primer lugar, reconsiderar las teorías dualistas y los análisis fragmentarios que describen las emociones como átomos materiales o mónadas espirituales; en segundo lugar, mostrar las emociones como procesos intencionales y unidades de sentido que entrañan componentes fisiológicos, cognitivos y conductuales; y, en tercer lugar, ubicar las emociones no en el ámbito causal, sino en el complejo de relaciones intencionales que las personas establecen con otras personas y con el mundo. Varela, al respecto, afirma lo siguiente:

Uno de los más importantes avances de la ciencia de los últimos años es la convicción de que no podemos tener nada que se asemeje a una mente o a una capacidad mental sin que esté totalmente encarnada o inscrita corporalmente, envuelta en el mundo. Surge como una evidencia inmediata, inextricablemente ligada a un cuerpo que es activo, que se mueve y que interactúa con el mundo³².

3. Bosquejo de una fenomenología de la experiencia emocional

Cuando perdemos a un ser amado experimentamos la aflicción. Nuestro ser pierde vitalidad y sentido. Nos sentimos vulnerables ante la pérdida y retraídos del mundo. Alguien que significaba mucho para nosotros brilla por su ausencia. Por eso, ya no hacemos las

31 J. Hessen, *Teoría de los valores* (Buenos Aires: Suramericana, 1959), 11.

32 F. Varela, *El fenómeno de la vida* (Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, 2001), 240.

cosas con ganas. A esta experiencia le podemos formular preguntas tales como: ¿cuál es el objeto hacia el cual se dirige la conciencia afligida?, ¿por qué la pérdida de un ser amado es distinta a la muerte de seres no amados?, ¿por qué la vida propia pierde sentido por la ausencia de vidas ajenas?, ¿cuál es el propósito de nuestra aflicción?, ¿por qué el mundo se manifiesta "gris" y "triste" cuando estamos afligidos?, ¿qué hace que nuestro compartimiento pierda vitalidad en momentos de aflicción?

Las teorías fenomenológicas que tematizan la experiencia emocional intentan dar respuesta a preguntas similares a las formuladas anteriormente. Su interés se orienta hacia el análisis de las estructuras esenciales de la emoción, lo cual implica la descripción de sus objetos, estrategias y propósitos. Los fenomenólogos no ven la conciencia emocional como una entidad, sino como una actividad que escapa al orden causal de la naturaleza y se orienta según los intereses y motivaciones que emergen de las relaciones interpersonales en el mundo. Desde esta perspectiva, las emociones son concebidas como experiencias que evalúan el mundo y constituyen sentido de manera *sui generis*. El amor, por ejemplo, otorga cualidades al amado; el sentido que se constituye en esta relación no radica sólo en la mirada del amante ni en el objeto amado, sino en la conexión entre ambos.

Para determinar la racionalidad de las emociones, los fenomenólogos prestan atención no a las emociones en general, sino a los casos concretos, pues la racionalidad depende del objeto y del objetivo, y estos sólo se perciben en los casos particulares. Sin embargo, consideran que el sentido particular de las experiencias emocionales puede convertirse en objeto de conocimiento para la conciencia reflexiva. Así el investigador identifica y explicita las estructuras, propiedades, relaciones y leyes de la emoción. La reflexión nos permite comprender nuestras emociones con el fin de regularlas, modificarlas, promoverlas o educarlas. Este es el segundo nivel de la inteligencia emocional, que aportamos a nuestra vida con el pro-

pósito de establecer un orden razonable que guíe nuestra sensatez y asegure nuestras creencias.

Scheler es el primer fenomenólogo que realiza una teoría acabada sobre las emociones. Distingue entre emociones evaluativas (funciones del sentimiento) y las emociones ciegas (estados de sentimiento). Las emociones evaluativas se dan, gracias a que la persona humana está dotada de un sentir intencional, que le permite captar el orden objetivo de las emociones (*ordo Amoris*) y a partir de ahí establecer una *lógica del corazón* que corresponda al mundo absoluto de los valores. La persona accede a los valores no por medio de la razón, sino por medio de percepciones emocionales intencionales, las cuales son análogas a las percepciones sensoriales³³. Cuando percibimos un cuadro bello, nuestra intencionalidad trasciende los colores y las formas, y se orienta hacia el valor estético del objeto. A través del sentir intencional aprehendemos el valor de las cosas. Las emociones ciegas son reacciones frente a lo que ya hemos considerado valioso o no valioso.

La lógica del corazón supone una serie de regularidades que dan sentido a la vida emocional:

Hay un tipo de experiencia cuyos objetos se cierran completamente al entendimiento; para los que éste es tan ciego como lo son las orejas y el oído para los colores. Un tipo de experiencia, no obstante que nos proporciona objetos auténticamente objetivos y un orden eterno entre ellos, a saber, los valores, y un orden jerárquico entre ellos. Y este orden y las leyes de esta experiencia son tan determinadas, exactas y razonables como las de la lógica y la matemática³⁴.

Scheler considera que el espíritu de las personas, las comunidades, las culturas y las épocas sólo puede ser conocido si se logra comprender sus preferencias emocionales (*ethos*), su paisaje axiológico.

33 Desde una perspectiva similar a la planteada por Scheler, Husserl denomina a la percepción de valores como *valicepción* (*wertnehmen*), con el fin de establecer una diferencia entre la percepción dada en la actitud epistemológica o teórica y la percepción dada en la actitud axiológica o valorativa. Cf. E. Husserl, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: investigaciones fenomenológicas sobre la constitución* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997), 39.

34 M. Scheler, *op. cit.*, 29.

El puente que media entre la vida emocional de las personas y los ideales de vida (valores) es denominado por Scheler como *principio de funcionalización*. Según este principio, lo que en un estadio fue objeto de amor, puede ser convertido en forma de amar, es decir, en un modo de vida emocional en el que un número indeterminado de objetos pueden ser amados³⁵. La funcionalización tiende un puente comunicativo entre los valores y el sentir intencional. Así los valores actúan en nuestra experiencia práctica como estructuras y leyes que modelan nuestras vivencias. Podemos apelar a las emociones al hacer juicios de valor porque un valor es la facultad de una persona para evocar emociones.

Según Scheler, al lado del conocer y el querer está el amar, el cual constituye la madre del espíritu y la razón humana³⁶. De ahí que lo emocional no sea visto como reacciones ciegas e irracionales, sino como un modo objetivo *sui generis* de percibir el mundo. Por esta razón, la experiencia emocional es puesta como el fundamento de la ética axiológica, que se distancia de la ética deontológica, la que se fundamenta en el deber, porque parte de la materia de los valores y no de sus meras formas. En este contexto, deber significa dirección hacia algo formal, mientras que la experiencia del valor significa ese algo material o vivencial hacia el cual apunta el deber.

Sartre y Solomon elaboran también teorías fenomenológicas. Sin embargo, éstas difieren de las anteriores ya que el interés no recae en un mundo de valores objetivo y absoluto, sino en la conciencia que constituye mundos emocionados. Los teóricos anteriores tematizan las emociones no por un interés propio en ellas, sino porque consideran que la comprensión de la vida emocional es un paso obligado para entender el conocimiento axiológico en general, y el conocimiento moral en particular. Sartre y Solomon, en cambio, desarrollan teorías que enfatizan no tanto en los valores que hacen

35 M. Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos* (Barcelona: Alba, 2000), 32.

36 M. Scheler, *Gramática de los sentimientos*, op. cit., 45.

que haya emociones o cogniciones de valor, sino en la conciencia emocionada que permite interpretar, evaluar y valorar el mundo; es decir, la racionalidad de las emociones no se deriva del reflejo de los verdaderos valores, sino de la evaluación y transformación que el sujeto hace del mundo ante situaciones problemáticas³⁷.

Por otra parte, Sartre y Solomon critican también los postulados de las teorías fisiológicas. Para ellos, la experiencia emocional supone una interpretación cognoscitiva de la situación. Si se le quita el componente cognitivo a la vida emocional tan sólo quedan reacciones similares a las que produce el hambre o el dolor de cabeza. No es lo mismo el miedo que produce un accidente automovilístico, que la sensación que tienen pacientes a los que se les proporciona una dosis de adrenalina. Estos tienen reacciones fisiológicas similares a una emoción, pero esto nunca puede ser clasificado como una experiencia emocional: "los hechos fisiológicos, tomados en sí mismos y aisladamente, no significan nada. Lo significativo está del lado de las conductas y de la conciencia emocionada"³⁸.

Para Sartre la emoción es un tipo de conciencia intencional que se dirige al mundo y, por lo tanto, sólo existe en la medida en que es asumida por la persona. La emoción es la realidad humana misma realizándose bajo una forma particular y organizada. Por consiguiente, el estudio de las emociones supone una investigación fenomenológica sobre la esencia, estructura y leyes de la conciencia en tanto conciencia emocionada. Entre los aportes que se derivan de la descripción elaborada por Sartre, destacamos los siguientes: la experiencia emocional es prerreflexiva; en la conciencia prerreflexiva el hombre aprehende intuitivamente el sentido de los fenómenos emocionales de manera espontánea e inmediata; en la conciencia prerreflexiva el hombre es consciente pero no es consciente de sí mismo, por eso no es lo mismo vivir el miedo que tener conciencia

37 C. Calhoun y R. Solomon, (compiladores), *op. cit.*, 27.

38 J. Sartre, *op. cit.*, 22.

de miedo; puede producirse un paso continuo y bidireccional entre la conciencia prerreflexiva y la reflexiva; en la emoción el sujeto emocionado y el objeto emocionante se hallan unidos en una síntesis indisoluble; la conciencia emocionada, al igual que todos los tipos de conciencia, es una forma de aprehender el mundo; la conciencia emocionada interpreta el mundo no de forma determinista, sino de forma mágica; la finalidad de las emociones consiste en resolver conflictos y suprimir tensiones por vías diferentes a las acostumbradas (conciencia práctica o conciencia reflexiva); para cumplir con su fin, la conciencia emocionada se transforma y de esta manera transforma el mundo, así le confiere a su objeto cualidades sin modificarlo en su estructura real; la acción mágica sobre el mundo va unida a la creencia, lo cual implica que las cualidades conferidas a los objetos sean aprehendidas como verdaderas; la agitación fisiológica que acompaña a las emociones revela la seriedad de la creencia en el mundo constituido por la conciencia emocionada³⁹.

Por medio de un ejemplo sencillo, Sartre ilustra los resultados de su análisis de las emociones: si alargo la mano para coger un racimo de uvas y no consigo asirlo porque está fuera de mi alcance, entonces me encojo de hombros, murmuro "están demasiado verdes" y me alejo. Así, la conciencia le confiere una cualidad nueva al objeto "demasiado verdes", la cual sustituye la conducta que el cuerpo no puede llevar a cabo: asir el racimo de uvas. La nueva cualidad conferida "mágicamente" resuelve el conflicto y suprime la tensión.

Solomon, a partir del desarrollo de muchos de los postulados de la teoría de Sartre, y de los resultados de su propia investigación fenomenológica, concibe la experiencia emocional como un modo de conciencia intencional por medio del cual nos implicamos en el mundo. De acuerdo a su análisis, las emociones se caracterizan por ser inteligentes e intuitivas, entrañar creencias (juicios prerreflexivos), evaluar situaciones, responder de forma estratégica a circunstancias

39 *Ibid.*, 59-98.

que exigen decisiones espontáneas, ser procesos que involucran otras vivencias (trastornos fisiológicos, sentimientos, deseos, conductas, etc.), ser intersubjetivas y modelables por medio de la cultura y la educación.

Teniendo en cuenta los resultados de su análisis, Solomon formula una propuesta de ética emocional donde resalta el carácter inteligente, evaluativo y estratégico de las emociones. Desde su punto de vista, la experiencia emocional no es sólo un tipo de conciencia que nos involucra en el mundo, sino también un modo de vida del que somos enteramente responsables. Esto lo motiva a afirmar que las emociones son importantes para la existencia humana (condición humana), tanto personal como comunitaria, porque definen su carácter y sirven de indicadores que orientan su sentido hacia la integridad emocional, el cultivo de la espiritualidad y la realización de la felicidad⁴⁰.

En síntesis, la fenomenología concibe la experiencia emocional como:

- Procesos que entrañan valicepciones (percepciones de valores), creencias, motivaciones, evaluaciones, selecciones, decisiones y comportamientos.
- Vivencias intencionales que nos sitúan en el mundo y nos brindan información valiosa sobre él.
- Modos de ser que nos ponen en sintonía con el mundo.
- Modos de ser inteligentes que dan sentido a nuestra vida.
- Destrezas y estrategias intuitivas orientadas al bienestar.
- Estructuras permanentes de la vida de las cuales somos responsables.

40 R. Solomon, *op. cit.*, 356-367.

La estructura de la experiencia emocional aporta elementos significativos para la experiencia moral. De ahí que una ética que busque la integridad y la realización de ideales de vida buena debe referirse a las experiencias emocionales, pues la moral trata primero de emociones así luego tenga que expresarse en juicios, principios y leyes⁴¹.

Bibliografía

- Ayer, A. *Lenguaje, verdad y lógica*. Barcelona: Orbis, 1982.
- Berkowitz, M. "Educar a la persona en su totalidad". En *Educación, valores y democracia*. Madrid: OEI, 1999.
- Brentano, F. *El origen del conocimiento moral*. Madrid: Tecnos, 2002.
- Calhoun, C. y Solomon, R. (Compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Darwin, C. *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza, 1984.
- Descartes, R. *Las pasiones del alma*. Madrid: Tecnos, 2006.
- Dewey, J. "Teoría de la emoción". En Calhoun, C. y Solomon, R. (Compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Freud, S. "Lo inconsciente". En: Calhoun, C. y Solomon, R. (Compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Herrera, D. *Por los senderos del filosofar*. Bogotá: Editorial Bonaventuriana, 2009.

41 G. Hoyos, "Ética fenomenológica y sentimientos morales", en *Revista de Filosofía* volumen II/III, número especial (1996): 23.

- Hessen, J. *Teoría de los valores*. Buenos Aires: Suramericana, 1959.
- Hoyos, G. "Ética fenomenológica y sentimientos morales", en *Revista de Filosofía* volumen II/III, número especial (1996): 139-154.
- Hume, D. "Tratado de la naturaleza humana". En: Calhoun, C. y Solomon, R. (compiladores). (1996) *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Husserl, E. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- James, W. "¿Qué es una emoción?" En: Calhoun, C. y Solomon, R. (compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Llinás, R. *El cerebro y el mito del yo. El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos*. Bogotá: Norma, 2003.
- Pascal, B. *Pensamientos*. Barcelona: Orbis, 1977.
- Penrose, R. *La nueva mente del emperador*. Barcelona: Grijabo, 1999.
- Ryle, G. "El concepto de la mente". En: Calhoun, C. y Solomon, R. (compiladores). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Sartre, J. *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza, 2005.
- Scheler, M. *El puesto del hombre en el cosmos*. Barcelona: Alba, 2000.
- _____. *Gramática de los sentimientos*. Barcelona: Crítica, 2003.

Solomon, R. *Ética emocional. Una teoría de los sentimientos*. Barcelona: Paidós, 2007.

Vallverdú, J. *Una ética de las emociones*. Barcelona: Anthropos, 2007.

Varela, F. *El fenómeno de la vida*. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, 2001.

Recibido: enero de 2011
Aceptado: marzo de 2011